

Melo y la poesía de los patios refulgentes

Andrés Echevarría

Hace unos pocos años, mientras trabajaba en el proyecto de montar una muestra permanente en homenaje a Justino Zavala Muñiz en el *foyer* del teatro principal de Melo —Teatro España—, me encontré frente a la escuela pública n.º 7, a la que había concurrido en mi infancia.

El edificio, ubicado en la calle Luis Alberto de Herrera al 480, lleva el nombre de Laura Silva de Maciel desde que, en 1935, se inaugurara con la actual designación. Pero en ese mismo predio existió, desde 1878 —entre esta fecha y 1935 hubo un par de traslados que ocuparían largos años— una escuela mixta producto de las reformas educativas de José Pedro Varela para medios rurales, a la que habían concurrido dos ilustrísimos hijos de Cerro Largo: Juana Fernández Morales —futura Juana de Ibarbourou— y Emilio Oribe.



Nací en Melo y me fui en 1973, pocos meses antes del golpe de Estado que iba a traerle al país una dictadura de más de una década. Por aquel entonces notaba, aun desde mi visión de 8 años, cómo se estaba opacando el brillo de las veredas donde jugábamos en horas infinitas reproduciendo historias y personajes que llegaban en revistas argentinas: *El Tony*, *Nippur de Lagash* y *D'Artagnan* —héroes como Superman y el Hombre Araña también tenían su sitio—. La palabra «allanamiento» se hacía frecuente y señalaba aquellas casas que rodeaban los soldados, buscando «material subversivo», mientras la democracia agonizaba. El mundo estaba inmerso en una guerra fría y Uruguay estaba sufriendo traumáticos cambios.

Durante las campañas electorales de los partidos políticos, en 1971, recorrimos con algunos niños las distintas sedes, adornadas con coloridos carteles, pidiendo afiches que colecciónábamos con una inocencia ajena a los debates ideológicos que pugnaban. Recuerdo

haber entrado a uno de estos locales donde un señor —al que le pedí un afiche— me estuvo haciendo preguntas y hablando atentamente y que, cuando se alejó, otra persona que estaba allí me dijo: «Ese que conversaba contigo es Jorge Batlle». El Frente Amplio organizó un acto al que llamó Frente al Frente —entendí que por realizarlo frente al local que tenían sobre la calle Luis Alberto de Herrera, la misma de mi escuela— y pasamos por allí con mis amigos, durante la oratoria; me impresionó la vestimenta oscura y el bigote negro del orador que era Líber Seregni moviendo su brazo, desde un estrado, hacia el grupo de personas que lo escuchaba entusiasmado. Mi padre me llevó a una charla que ofreció Wilson Ferreira Aldunate en el cine Melo; candidato que tenía profundos vínculos con mi ciudad, no solo por haber vivido allí hasta sus 13 años, sino por la histórica identificación blanca de la tierra de Aparicio Saravia. La figura de camisa remangada, sola sobre el escenario, con un micrófono en la mano y caminando de forma constante de un lado al otro, la tengo presente en mi memoria. También que lo que decía, con vehemencia, humor y carisma, rozaba por momentos la polémica y mantenía expectante a la numerosa concurrencia que llenaba la sala.



Había varias salas de cine en el Melo de entonces y las matinés nos reunían en la continuidad de tres películas donde Catherine Deneuve, Clint Eastwood, Charles Bronson, Jacqueline Bisset, Alain Delon, Lino Ventura, Graciela Borges, Alfredo Alcón y tantas estrellas del cine internacional desfilaban en la más ecléctica combinación de cine hollywoodense, europeo y argentino. La televisión asomaba en los aparatos que fueron adquiriendo las familias a partir de 1970, al comenzar a emitir su señal el Canal 12 de Melo. Cuando mis padres compraron nuestro pequeño televisor en blanco y negro, abrían una ventana para que armáramos una tribuna con mis amigos y viéramos en verano, desde afuera de la casa, algunos de los programas que comenzaban a partir de las 18:00 horas. Mi programa preferido era *Las Manos Mágicas*, un pequeño fragmento televisivo donde unas manos de guantes blancos y en la oscuridad enseñaban trucos sencillos de magia que luego intentaba repetir.

La escuela, que me hacía recuperar en un instante los recuerdos, tenía también un secreto guardado y casi olvidado. Antes de partir y en los últimos días escolares de 1972, enterré como despedida en su patio un «tesoro» que consistiría, seguramente, en algún pequeño juguete de entonces, un escrito desde la inocencia y quizás, alguna

rama, semilla o piedra extraña de las que me gustaba juntar. En realidad, no recordaba en qué consistía el tesoro, pero sí el hecho; el misterio de qué habría enterrado sirvió para terminar de decidirme a entrar a la escuela y recorrerla luego de cincuenta años, con una vida y todas las vueltas, viajes y transformaciones que nos trae el tiempo. No sabía exactamente el lugar donde había enterrado mi «tesoro» ni me pondría —por supuesto— a escarbar, pero era la excusa —si me lo permitían— para volver a visitar el patio.

Mi madre fue maestra rural y conocí, desde muy temprano, la vida en los campos profundos, cargados de montes indómitos de Cerro Largo. En la zona de Rincón de Coronel, mi madre se quedaba durante toda la semana conmigo y recibía, diariamente, al pequeño grupo de alumnos de distintas edades que llegaba a caballo y compartía, en un mismo salón, distintos grados de enseñanza. Estas tierras de cerros y hermosísimos paisajes fueron retratados en las crónicas de Justino Zavala Muniz (*Crónica de Muniz*, *Crónica de un crimen* y *Crónica de la reja*), sobre quien, justamente, estaba organizada la exposición permanente. Las tres novelas de Zavala Muniz reflejan, para un contexto de historias que conmovieron en su momento, la aridez y belleza de la región; durante toda su vida y residiendo en Montevideo, Justino continuó pasando sus vacaciones en los campos de Bañado de Medina, donde tenía su casa. Paco Espínola, entre otros escritores e intelectuales, lo acompañó en varias oportunidades.

Entre los cantautores que reflejaron el paisaje y la idiosincrasia del campo de Cerro Largo, Tabaré Etcheverry se convirtió en un embanderado popular y escuchado por todos. Era primo de mi padre y pude verlo en algunos pequeños y marginales boliches cuando regresaba a visitar su departamento y donde, una vez, le oí decir que el himno nacional uruguayo no interpretaba el sentir del país debido al estilo académico y europeo; seguidamente tocó una canción de nuestro folclore que, según él, debía ser nuestro himno nacional (imposible recordar de qué canción se trataba).

Tabaré Etcheverry vivió vinculado a la zona de la Posta del Chuy, hasta su radicación en Montevideo durante su juventud. La Posta, edificio emblemático para el departamento, fue construida para peaje, abastecimiento y alojamiento en 1855, luego de una ley promulgada por entonces para ordenar nuestro sistema de caminos y carreteras. Sus constructores fueron Juan Etcheverry y su



sobrino Beltrán Etcheverry, vascos franceses venidos de Ispoure, un pequeño pueblo de los Pirineos. Beltrán Etcheverry, también fue mi tatarabuelo y me tocó en suerte tener la documentación de aquel viaje hacia un continente misterioso como el que hacían los inmigrantes. En el pasaporte están sellados los lugares por donde pasó y es inevitable pensar en la aventura que llevó a trasladarlos hacia una región tan oculta y cargada de incertidumbres por entonces. En 2008 publiqué *Los árboles de piedra*, una pequeña crónica novelada que intenta contar la historia de los vascos constructores del puente y la casona de piedra —típica construcción vascuence— en medio de los campos de Cerro Largo.

Me animé y, con las debidas explicaciones a una funcionaria que encontré en la puerta y a la que me presenté como exalumno, ingresé a la escuela n.º 7 dirigiéndome enseguida a su patio. No me costó orientarme y me percaté de las pocas modificaciones que hubo en cinco décadas. El rincón, donde posiblemente había enterrado el «tesoro», conservaba la sombra del mismo árbol que nos tuvo de niños al grupo de amigos de aquel tiempo, reunidos durante el recreo. No alcancé a indagar demasiado porque la funcionaria de la puerta —que resultó ser una maestra— vino hacia mí acompañada por la directora. Me habían reconocido, tenían algunos libros de mi autoría en su biblioteca, donde antologaba la obra de Juana de Ibarbourou. Mis publicaciones sobre Juana comenzaron en 2009, luego de la exposición *Juana, escándalo en la luz* que realizamos con Jorge Arbeleche en el Centro Cultural de España, y se prolongó por los siguientes años con nueve libros, innumerables artículos y charlas por todo el país. La «cruzada ibarbouriana» que realizamos en aquellos años, tuvo algunos momentos particularmente memorables, como fue la presentación de *Rapsodia de Juana de Ibarbourou* en un Salón de los Pasos Perdidos colmado —el mismo donde la habían consagrado como Juana de América—, la presencia de las principales autoridades parlamentarias y de la educación de entonces, y el cierre artístico de un coro escolar, Vera Sienra y nuestra primera actriz Estela Medina interpretando la poesía de Juanita.

La directora de la escuela n.º 7 reunió a varias maestras en un salón e improvisé una exposición, en la que repasé la vida y obra de la insigne autora. Me explicaron que estaban organizando la fiesta de fin de año en la que, justamente, la célebre alumna iba a ser homenajeada. En el momento en que me contaron eso recordé cómo empecé



a escribir poemas después de escuchar a mi maestra de 1.^{er} año decir que Juana había escrito poesía desde niña. Tenía 6 años y, junto al aprendizaje de la escritura, comenzó a asomar un pensamiento lúdico que me llevaba a intentar interpretar algo más emocional que racional. A partir de ese momento, nunca dejé de escribir poesía y, hasta hoy, solo me interesa aquello que contiene en su centro un poema; la poesía se convirtió en mi pensamiento filosófico, político y ético. Luego vendría la fascinación por los simbolistas, Baudelaire, Verlaine, Jules Laforgue —sobre quien trabajé y publiqué mucho—, por la literatura española y latinoamericana, que me llevó a investigar y también publicar, y sobre todo una enorme admiración por el poeta peruano César Vallejo. Publiqué una edición en Argentina de *Los heraldos negros* de Vallejo, las cartas a Pablo Abril de Vivero; visité muchas veces la región peruana donde vivió el poeta, subiendo en varias ocasiones a Santiago de Chuco —en la sierra andina, a 3.200 metros—, su pueblo natal donde tuve el honor de ser distinguido como visitante ilustre e hijo adoptivo, entre otros reconocimientos. También me tocó presidir el congreso internacional *Vallejo Siempre* que trajo a Montevideo investigadores de algunas de las principales universidades del mundo. Pero aquel origen en Melo, a mis 6 años, me inició en un viaje desde el cual comenzó a interpretarse el resto de mi vida. Juana me enseñó la música y mi primera emoción que se conectó con un poema.

La directora y las maestras que me recibieron tuvieron la generosidad de acompañarme por los salones a los que había concurrido, y todo terminó con una hermosa foto rodeado de muchos niños de túnica blanca y risa infinita. Ahogué algunas lágrimas, disimulé mi voz cortada varias veces por la emoción y me ofrecí a colaborar en lo que pudiera para la fiesta de fin de año. Aquel momento y el fluir de los recuerdos quizás fueran el «tesoro» enterrado y ahora hallado. Melo volvía a aparecerse en su brillo; sé que mi poesía nació en aquellos bancos de madera, en las caminatas hacia la escuela, en el rincón del patio y debajo de un árbol que permanece casi idéntico. Como también nació de mis aventuras en bicicleta por las orillas del arroyo Conventos, de los campos agrestes, de los cerros, de las vacaciones en Lago Merín —o Laguna Merín como los cerrolarguenses lo llamamos—, de los montes de mis primeros años y de las calles con luces, invadidas por miles de insectos, en las que nos quedábamos jugando con otros niños en las noches de verano.

Uno de los recuerdos que tengo de mi niñez es el de la importancia que tenían —y tienen aún— los artistas plásticos en Cerro Largo. En 2005, poco antes de su fallecimiento, entrevisté para el Cultural de *El País* al pintor Américo Spósito, quien había sido discípulo directo de Joaquín Torres García (el Taller de Torres funcionó con la ausencia del maestro durante muchos años). Américo abandonó el taller —situado donde está actualmente el Teatro Circular, frente a la Plaza Cagancha, del centro de la capital— para irse a vivir en Melo, a los 23 años, donde dio clases de Dibujo en el liceo departamental. Algunos de los adolescentes que se acercaron en ese entonces a sus consejos se convirtieron en artistas referentes para el departamento, como fue el caso Freddy Sorribas, entrañablemente melense, teórico infatigable, querido amigo con el que almorcé muchas veces en el restaurante La Rueda hasta poco antes de su muerte; también mi tío Juan Casio Godíño —Nito—, hermano de mi madre, quien dejó algunas esculturas por la ciudad y guardaba un enorme agradecimiento y cariño por Américo Spósito. Entre los artistas nacidos en Cerro Largo, Carlos Llanos y Klever Chon López ocupan un lugar destacadísimo en la memoria del departamento.



La exposición en homenaje a Justino Zavala Muniz, para la cual estaba trabajando en los días de reencuentro con la escuela n.º 7, fue parte de diversos proyectos que me hicieron viajar cada semana a la ciudad en la que nací. Nunca sentí que me fui del todo; la empresa de ómnibus Núñez me tuvo en sus vehículos infinidad de veces, conocí a sus conductores y guardas con los que transité las madrugadas silenciosas de la ruta 8 y manejé otras tantas por la sinuosa carretera que me devuelve algo muy importante cada vez que retorno. En 1973 nos mudamos con mi familia —padres y hermano— a Vichadero, un pequeño pueblo de Rivera, y luego nos instalamos en Montevideo, donde viví hasta hace diez años, cuando me radicué en Maldonado. En la capital mostré mi poesía, comencé a publicar y a aprender de la *poiesis* citadina que también me influye, como también viví los triunfos y derrotas propias del tiempo. En Montevideo nació Octavio, mi hijo, en quien mi admiración y amor está la esperanza de haber hecho algo correcto.

Pero Cerro Largo siempre estará en el recuerdo que tengo del loco Menotti, descamisado, subido a una bicicleta desvencijada desde la cual hacía acrobacias y afilaba cuchillos; en Muleque de los carnavales y su similitud con Fosforito, el chaplinesco personaje

montevideano; en mi madre cantando canciones de Amalia de la Vega mientras cocinaba; en las charlas con la querida Ethel Dutra, que le enseñó literatura a tantas generaciones y entregó todo su tiempo a promover escritores cerrolarguenses relegando su propia y valiosa obra; en amigos como Teresita Cheroni y su taller; en el recordado Jorge Burgos, talentoso músico y una de las personas más buenas que conocí; en la poesía bohemia de Julio Guerra; en la terrible historia del crítico Emir Rodríguez Monegal y la fatídica muerte de su padre por un disparo de un tío enfrentando dos emblemáticas familias; en las anécdotas del histórico y pintoresco intendente Nano Pérez, y en las mil historias de caudillos y batallas que están escritas en un departamento que confrontó a la capital y mantiene algo de indómito en su naturaleza e idiosincrasia.

Siempre me fascinaron los patios de Melo; los caracoles de sus muros están en muchos de mis poemas y esos espacios de casas con influencia arquitectónica portuguesa, fronteriza, me representan helados inviernos y calurosísimos veranos sin relojes y muy parecidos a la felicidad. Ninguna otra sensación describe lo que significa regresar al lugar donde se nació. La idea de nunca haber partido, de que algo quedó allí y se reencuentra en nuestra memoria emocional y afectiva para devolvernos ese origen, permanece en nosotros como un secreto vuelto a revelar cuando nos reencontramos con un amigo de la infancia, volvemos a leer un libro, regresamos a una casa o recibimos los ecos refulgentes y eternos de un patio de escuela, como me pasó a mí.

